



EL CAMINO DE LA INSURGENCIA

Alfredo Ruiz Islas

EDITORIAL
TERRACOTA **ET**

Colección **La máquina del tiempo**

¡ATENCIÓN, VIAJERO A TRAVÉS DEL TIEMPO!

¡Eres una persona con suerte! Sí, en este momento tienes en tus manos... ¡una máquina del tiempo! En efecto, este libro es tu máquina del tiempo. No lo leas todo seguido, de principio a fin. Dentro de un momento recibirás instrucciones para cumplir una misión, una empresa especial que te llevará a otro tiempo. A medida que te enfrentes a los peligros de la historia, la máquina te irá presentando opciones de adónde ir o qué hacer.

Este libro contiene, al final una cronología para que estés informado de la época histórica en la que vas a vivir. También al final, encontrarás biografías de los personajes más importantes. Familiarizarte con ellos y con los episodios más importantes te ayudará a tomar las mejores decisiones.

LAS CUATRO REGLAS PARA VIAJAR A TRAVÉS DEL TIEMPO

Cuando empieces la misión, debes observar las siguientes reglas. Los viajeros por el tiempo que no las cumplen se arriesgan a quedar perdidos para siempre...

1. No intentes cambiar la historia.
2. No interrumpas los diálogos entre los personajes; mejor escucha y aprende.
3. Actúa siempre con prudencia, pero sin miedo.
4. Si tienes alguna duda, apóyate en las herramientas que te brinda el libro —mapa, plano, glosario, biografías y línea de tiempo.

TU MISIÓN

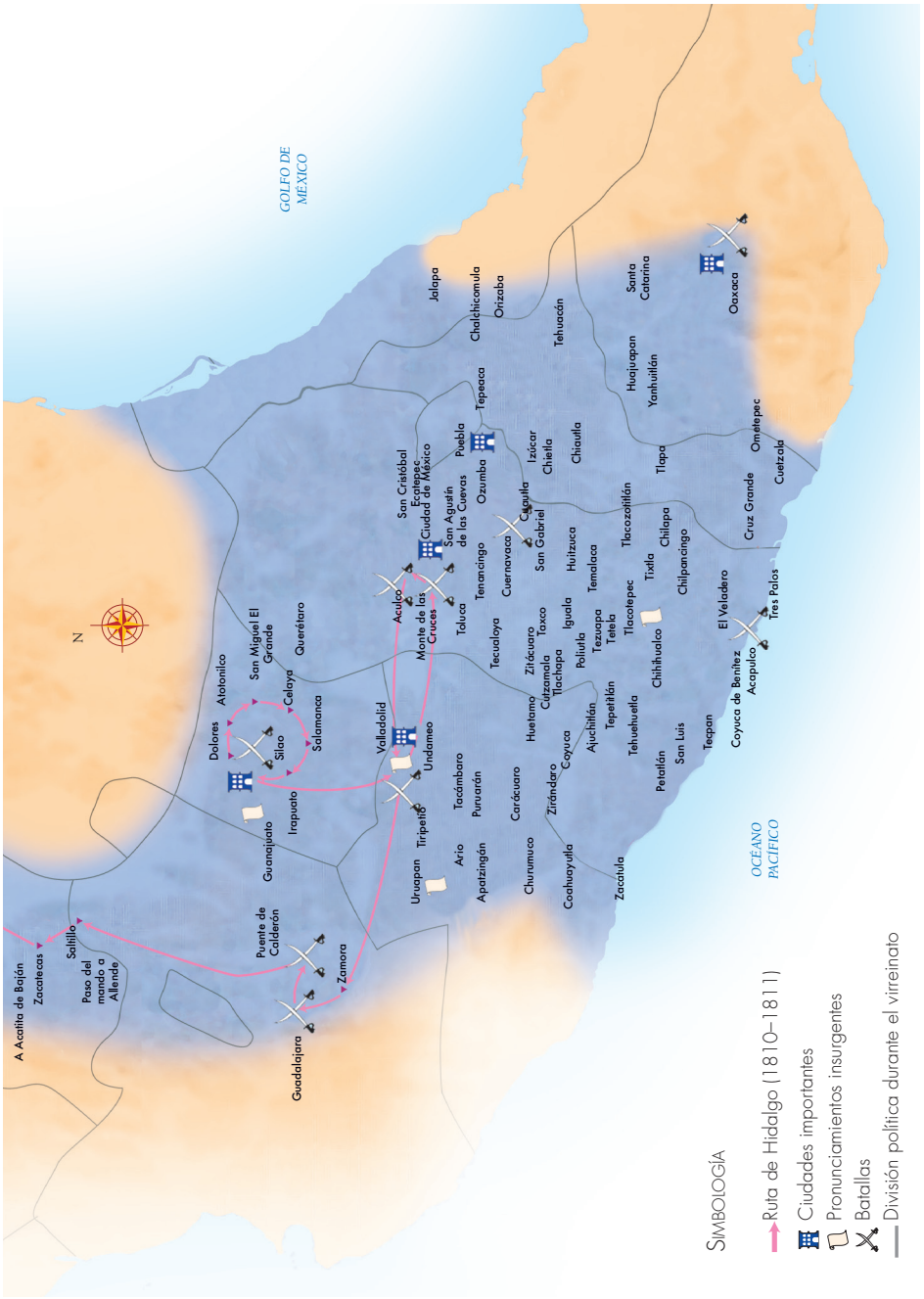
Septiembre de 1810: en la Nueva España, miles de personas se han levantado en armas para clamar por justicia. Tu vida en la ciudad de Guanajuato está a punto de cambiar decisivamente... Si así lo deseas.

¿Te unirás al movimiento encabezado por Miguel Hidalgo? De hacerlo, ¿podrás sobrevivir en plena guerra de Independencia? ¿De tus decisiones dependerá mantenerte con vida y en el camino correcto!

Estás a punto de introducirte en una aventura en el tiempo y en el espacio. A lo largo de las siguientes páginas descubrirás los acontecimientos que rodearon el levantamiento de Miguel Hidalgo y Costilla, y deberás tomar las decisiones que consideres adecuadas para sobrevivir y prosperar en la carrera de las armas.

En la narración, cada determinado tiempo encontrarás una pregunta clave: ¿qué hacer?, y a continuación aparecerán las posibles opciones. Después de meditarlo con cuidado, deberás dirigirte al número que hayas seleccionado, para ver lo que te ha deparado tu elección. Es posible que, en el camino, te encuentres con un final abrupto, inesperado, sorprendente. Sin embargo, no te preocupes; llegar a un desenlace fatal o indeseado no es irremediable: simplemente regresa al principio y comienza de nuevo. Por cierto: si en tu aventura encuentras alguna palabra que te resulte desconocida, dirígete al final del libro, donde podrás conocer su significado.

¿A dónde te llevará tu lectura? Sólo tú podrás decidirlo porque eres el protagonista de esta historia. Confía en tu buen juicio, pon a prueba tus conocimientos y ¡adelante!



SIMBOLOGÍA

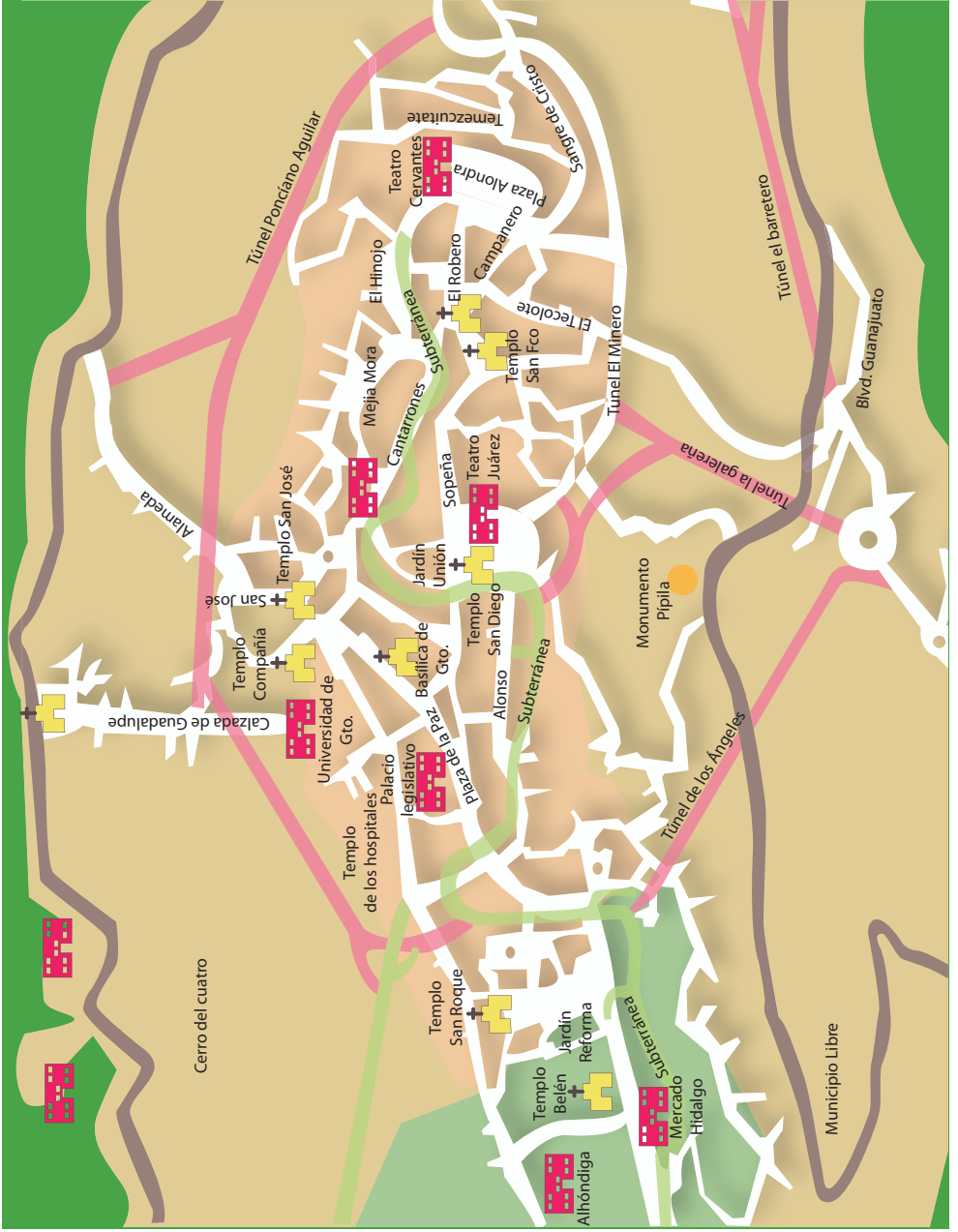
→ Ruta de Hidalgo (1810-1811)

■ Ciudades importantes

🏰 Pronunciamientos insurgentes

⚔️ Batallas

— División política durante el virreinato



Guanajuato, septiembre de 1810

Cae la tarde en la ciudad, mientras las sombras comienzan a cubrir de forma caprichosa sus serpenteantes calles. El lugar, por lo general tranquilo —aunque siempre sujeto al ajetreo que representan el trabajo en las minas, el transporte de la plata hacia la Ciudad de México y la continua llegada de comerciantes cargados de innumerables productos—, muestra una mayor agitación este martes, 25 de septiembre.

Como de costumbre, acudiste temprano por la mañana a la plaza de San Diego —donde se vende toda clase de productos alimenticios— para ofrecer tus servicios como cargador. Sin embargo, la suerte no te acompañó, así que te dirigiste al flamante edificio de la alhóndiga, enorme depósito de granos y víveres de distinta especie, y tuviste la fortuna de ser empleado para cargar algunos sacos de trigo y otros bultos, labor por la que recibiste unas pocas monedas.

Como la paga recibida fue en verdad escasa, no te quedó otro remedio que proseguir en la búsqueda de trabajo, y justo ahora tus pasos te llevan por la bajada del Río de la Cata, con la esperanza de ser solicitado por alguno de los comerciantes que en ella habitan.

—¡Oye! ¡Eh, tú!

La voz a tu espalda te sobresalta. Como nadie atiende al llamado, supones que es a ti a quien se dirige, así que volteas y buscas al que profiere tales gritos.

A unos pasos se encuentra un español que te mira fijamente. “Mmm... Un gachupín”, piensas para tus adentros, “¿qué querrá?” Las ropas que porta lo señalan como persona de cierta posición social: casaca de terciopelo, calzas oscuras, camisa y medias blancas, sombrero bordado. Al comparar su rico vestuario con tu pobre calzón de manta y la camisa que apenas te cubre, comprendes de inmediato que debes atender al personaje con el debido respeto.

—¿Qué desea su merced?

—Nada de importancia... Bueno, sí, mira, quiero que me ayudes a cargar aquellos fardos que están a la puerta de mi tienda y los llesves a la alhóndiga. Te daré medio real por tus servicios.

La petición no te resulta extraña: desde hace un par de días, los españoles que habitan en Guanajuato se encuentran sumidos en un estado de nerviosismo incontrolable. Algunos han salido de la ciudad por el camino que lleva a Querétaro; otros, bajo la dirección del intendente Juan Antonio Riaño, trasladan sus pertenencias al edificio de la alhóndiga. Algunos más, como es el caso del sujeto que ahora te interpela, se disponen a trasladar sus valores al sitio mencionado.

Pasa a la página 181.



El ataque por los flancos no ha sido un día de campo. De hecho, la impericia de la masa en cualquier clase de faena bélica torna muy difícil mantenerla en formación de combate, y los tiros de la artillería realista abren tales claros entre el grupo que éste parece desintegrarse por momentos. A pesar de todo, los hombres avanzan impulsados por la furia y el deseo de venganza, sin echar siquiera una mirada a los caídos. Sin embargo, aunque el contingente está integrado por, literalmente, miles de personas, lo cierto es que la mortandad es impresionante, y te preguntas qué tanto podrán resistir el castigo recibido antes de darse a la fuga.

Las tropas del virrey aún están lejos, a varios centenares de pasos, y la distancia parece aún mayor por el peligro que acecha a cada instante. Las balas de cañón no dejan de silbar en el aire, señal para que todos —tú el primero— agachen la cabeza, como si ello pudiera, dado el caso, salvarles la vida. Cada zumbido de los proyectiles enemigos es seguido por atronadoras explosiones, a las que se suceden multitud de lamentos, después de los cuales crece el clamor de la tropa. Parece un cuento de nunca acabar: explosiones, lamentos, gritos ensordecedores; más explosiones, más lamentos... Tus nervios están a punto de estallar por efecto de la presión y, para colmo, los realistas están reubicando su ar-

tillería —junto con las compañías de infantería que la defienden—, de modo que las distancias jamás se acortan. La carrera no tiene fin, te falta el aliento, las piernas se niegan a responder.

Bajo el efecto de la batalla, tu mente se trastorna. Un velo rojo parece caer frente a tus ojos y olvidas el objetivo de tu interminable carrera. Sin detenerte, comienzas a pensar: “¿Qué hago aquí? ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son éstos que vienen conmigo? ¿A dónde vamos? ¿Por qué traigo esto entre las manos? ¿Por qué corro? ¿Por qué, por qué, por qué...?” La realidad se disuelve, todo pierde orden, ya nada es coherente, nada se entiende mientras te sumes en la locura más absoluta.

Lanzas un aullido aterrador, mezcla de espanto, cólera y confusión. De pronto, comienzas a correr, no en dirección al enemigo, sino hacia un lado. Correr, correr, correr. Debes salir de ahí, debes alejarte, debes dejarlo todo atrás e ir... ¿A dónde? No lo sabes. Tampoco importa. Tiras tus armas en medio de tu furiosa huida; corres con las manos en alto profiriendo gritos destemplados ante el asombro y el terror de los que te rodean. Un oficial se para frente a ti y te grita “¡Alto!”, pero no puedes reconocer ni la voz ni el gesto. Cuando estás a punto de arrollarlo levanta su pistola, apunta y te dispara al pecho. Caes al suelo, herido de muerte pero, por alguna razón, no sientes dolor ni miedo ni nada, sino una inmensa felicidad, y estallas en carcajadas. Tu mente, sin recobrar la lucidez, se alegra: ¡al fin estás libre de esta pesadilla! ¡Al fin!

Fin

Han pasado tres días desde que saliste de Guanajuato. Al principio, tu compañero de aventura y tú acordaron dirigirse con la mayor rapidez posible rumbo a Celaya; sin embargo, el camino resultaba difícil de discernir en la oscuridad de la noche, tanto así que tropezaban con todo lo que salía a su paso: piedras, matorrales, plantas espinosas, zanjas. Cansados —y bastante magullados—, optaron por acampar a las afueras de Marfil, pequeño poblado situado a media legua de Guanajuato. Por la mañana reiniciaron la marcha, y al caer la tarde notaron una multitud que se aproximaba en sentido contrario: era el “ejército” rebelde. Prontamente se incorporaron al grupo —carente por completo de organización militar— y recibieron como armas, cada uno, una honda y un machete.

La marcha hacia la rica ciudad de Guanajuato ha sido lenta: desde pueblos, ciudades, rancherías y pequeñas comunidades brotan cientos de personas ansiosas de unirse al contingente del cura de Dolores —que, a estas alturas, ya sabes que se llama Miguel Hidalgo— quien, incapaz de imponer la mínima dosis de orden, se limita a circular las órdenes necesarias para que los nuevos marchen en la dirección correcta. El caos es evidente a todas horas, especialmente al detenerse para tomar algún ali-

mento o por las noches, al momento de acampar. A pesar de todo, el ánimo de la gente es bueno, ya sea porque se han liberado —así sea de manera fugaz— de sus obligaciones, porque la revuelta atiza su sed de venganza contra sus opresores o, simplemente, porque planean hacerse ricos mediante el saqueo y el pillaje.

Por fin, la tarde del día de ayer, jueves 27, el grupo se estacionó a las afueras de Guanajuato, en la hacienda de La Burra y hoy, temprano por la mañana, el cura Hidalgo envió a dos personas de su confianza, Ignacio Camargo y Mariano Abasolo, a parlamentar con el intendente Riaño a fin de solicitarle la rendición de la plaza. Han pasado algunas horas y nadie en el contingente sabe a ciencia cierta cómo ha respondido Juan Antonio Riaño a la solicitud de los rebeldes.

Mientras meditas sobre lo que te deparará el futuro, un rumor creciente comienza a circular entre la multitud. La súbita animación del grupo te sobresalta, y poco a poco logras distinguir los gritos que profiere la multitud:

—¡En marcha!

—¡Al combate!

¡El ataque a Guanajuato está a punto de comenzar!

Pasa a la página 70.

Sostener la línea a como dé lugar: tal fue la orden que Mariano Abasolo te dio personalmente:

—No sé cómo le hará usted, teniente, pero debe evitar que el enemigo cruce el puente y nos desbarate aquí en medio. Yo estaré en la parte trasera, organizando el envío de refuerzos; a usted le encomiendo movilizar las avanzadas que considere necesarias para contener el ataque enemigo. El capitán aquí presente estará a cargo del fuego de artillería: no dude en solicitarle apoyo en la dirección que crea mejor.

De manera que estás en la parte central del frente y, como detalle adicional, en el sitio más expuesto a los ataques enemigos. Pronto has visto los riesgos que implica tu misión: después de un tiroteo prolongado, la columna central de los realistas se ha puesto en movimiento, mandada por el propio Calleja y precedida por seis cañones de buen calibre. Aunque el movimiento del enemigo era previsible, su rapidez ha resultado tan sorprendente que nadie ha reaccionado sino hasta ver que los realistas han tomado el puente y marchan con decisión hacia una de las secciones que están bajo tu cuidado.

Miras las caras de los hombres que te rodean: ninguno parece especialmente entusiasmado con la idea de entrar en comba-

te, principalmente porque el enemigo ha dispuesto ya sus cañones y se prepara para hacer fuego. Además, casi ninguno de los tuyos porta un arma de fuego, mientras que todos los realistas cargan un fusil y municiones suficientes. Aun así, das la indicación pertinente al grupo de infantería situado en el extremo derecho de la formación:

—¡Atención!... ¡En marcha!... ¡Carguen!

La gente se mueve despacio y con miedo al principio pero comienza a animarse conforme cobra velocidad, grita para infundirse valor y ataca al enemigo. Instantes después repites la orden, dirigida ahora a un nutrido grupo de jinetes que, rodeando a los de a pie, se dirige contra los realistas a buen paso. Éstos, por su parte, toman puntería, hacen fuego con todo lo que tienen y paran de inmediato el ataque insurgente. ¡Pero eso no es lo peor! Después de haber diezmado a tus hombres, ¡atacan! El empuje del contrario es imparable y, como puedes, ordenas la retirada, dejando en poder del enemigo una batería de siete cañones.

El avance de Calleja lo sitúa en un pequeño promontorio, desde el que se divisa buena parte del campo de batalla. Algo observa el brigadier realista porque, de inmediato, se dirige a tu derecha, justo a la zona donde está colocada la artillería del *Amo Torres*. El flujo de la batalla se corre hacia ese lado del terreno: sable en mano, ordenas seguir un rumbo paralelo al tomado por los realistas, quienes prontamente han colocado sus cañones al frente de la columna.

Ya tienes al alcance de tu vista las posiciones de José Antonio Torres, y llama tu atención la febril actividad desarrollada por los artilleros. De pronto, miras cómo los sables de los oficiales a cargo de la artillería comienzan a bajar, uno tras otro: ¡la señal de fuego!

Pasa a la página 149.

¿Qué será del ejército rebelde sin los cañones que, mal que bien, le permiten defenderse del enemigo? La respuesta a esta pregunta se traduce en la acción inmediata: hay que rescatarlos, a como dé lugar y con el auxilio de quien se sume a la tarea, sea quien sea. Por tanto, corres hacia el cañón que tienes más cercano, sin importarte si te sigue alguien o no. Al llegar, comprendes la magnitud del desastre: todos los sirvientes de la pieza, desde los artilleros hasta los mozos que ayudaban a cargarla, han muerto. Sus cuerpos reposan sobre las cureñas en distintas posiciones; hay uno que, incluso, aferra aún el cartucho de pólvora con que el cañón haría fuego, mientras que otro está recostado sobre el saco de metralla que, tal vez, habría causado algún daño al adversario.

Retiras los cadáveres, uno a uno, y levantas la mirada, sólo para darte cuenta de dos cosas: la primera, los realistas están a tiro de piedra de tu posición, te han visto y se disponen a hacer fuego. La segunda te llena de desilusión: nadie ha querido acompañarte en tu empresa, que de heroica se transforma en suicida porque, lo sabes muy bien, una sola persona es incapaz de cargar la pólvora, meter la bala —o el paquete con la metralla—, apuntar y disparar con rapidez, que es lo que ahora se requiere. Te